

PRÓLOGO

LOS CAMBIOS QUE experimentan las sociedades no siempre son perceptibles a simple vista, por importantes que sean. Algunos son el resultado de procesos que transcurren silenciosamente como las corrientes profundas de un río y, no obstante, orientan su curso. Así, como toda transformación cultural, las actitudes, los significados y las imágenes de la autoridad, del poder, de la política y de la competencia del individuo para tratar con sus representantes cambiaron en México en cuatro décadas.

Esta evolución avanza tan calladamente que, cuando se manifiesta en una elección o en una movilización de protesta, provoca reacciones de sorpresa y casi siempre de disgusto porque desestabiliza las referencias establecidas, que eran la base de interpretación del hecho político. Quien lea este libro quedará a salvo de sorpresas si en el año 2031 la democracia en México recibe carta de naturalización.

Esta investigación de Fernanda Somuano y Julia Flores es una prueba sólida de que en los últimos cuarenta años las actitudes y los valores políticos se han transformado y nos acercan a la cultura del ciudadano. Cuarenta años es el tiempo que separa la impecable investigación que llevaron a cabo las autoras y la publicación en 1975 de la obra pionera de Rafael Segovia, *La politización del niño mexicano*. La comparación entre los hallazgos de ese libro y los que aquí se presentan da testimonio de esa transformación, también indica que en México los niños del primer tercio del siglo XXI son hijos del reformismo político, de la década de 1980, y de la democratización que puso fin a la hege-

PRÓLOGO

monía del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Por ello, lo que hay que examinar es cómo, aun siendo frágil y muy joven, la democracia ha dejado ya una huella en la formación de los niños de hoy que son los ciudadanos de mañana. Así lo indican sus actitudes respecto al voto, o valores como la igualdad étnico-racial o la participación de las mujeres en la política.

El estudio también es una reivindicación del concepto de *cultura política* que en 1957 propusieron Gabriel Almond y Sidney Verba para analizar las bases del comportamiento político y el potencial democrático que ofrecían ciertas actitudes y valores predominantes en cinco países, entre ellos México. La noción de cultura política integra valores, actitudes y creencias respecto al poder político, conoció un momento de apogeo en la década de 1960, sin embargo, fue de tal manera explotado que perdió especificidad y capacidad analítica, sobre todo, cuando se apoyaba sólo en las impresiones superficiales de observadores mal entrenados. Entonces se convirtió en una suerte de cajón de sastre, al que iban a parar todo tipo de fenómenos que se mezclaban sin ninguna precisión: desde opiniones banales hasta tradiciones culturales.

Al igual que Almond y Verba, Somuano y Flores no proceden con base en impresiones personales, sino que es el suyo un trabajo de medición estadística elaborado con base en una amplia encuesta levantada en escuelas públicas de todo el país, entre escolares de 5º de primaria a 3º de secundaria, de entre 11 y 15 años de edad en el momento de la aplicación del cuestionario.

Uno de los retos en investigación en ciencias sociales es la medición, en este caso de un cambio cultural; sin embargo, las autoras lo resuelven comparando los resultados de su trabajo con los obtenidos por Rafael Segovia, quien fue uno de los primeros investigadores en México en medir fenómenos políticos con el propósito de analizarlos con base en evidencia empírica objetiva y confiable, para así superar rumores, prejuicios y especulaciones. La comparación de los resultados es posible porque Somuano y Flores reprodujeron casi todas las preguntas de la encuesta

PRÓLOGO

de 1969, a las cuales añadieron otras referentes a temas contemporáneos no planteados en ese entonces, por ejemplo, la protección del medio ambiente, la libertad sexual o la participación política de las mujeres. El cambio es patente cuando Somuano y Flores presentan sus resultados en contrapunto con los obtenidos por Segovia al inicio de la década de 1970.

La explicación de las autoras respecto de los cambios registrados destaca el papel de agentes de socialización como la familia, la escuela, la Iglesia y los medios de comunicación, cuyos importantes cambios se reflejan en la cultura política de estos niños —como las propias autoras afirman—. En este caso, las investigadoras no dejan de señalar las contradicciones de niños que hablan de la necesidad de respetar la ley y de la vigencia del Estado de derecho, pero al mismo tiempo sostienen que un líder fuerte puede hacer más que todas las leyes. Somuano y Flores atribuyen estas contradicciones a la persistencia de actitudes propias de una cultura autoritaria.

Uno de los hallazgos más importantes de esta investigación es el desplazamiento de la identidad nacional en la escala de valores de los niños mexicanos, al considerar más importantes los derechos ciudadanos frente a la pertenencia a una comunidad que se ve a sí misma como una nación. Así, en el título del presente libro, *La socialización política de los niños en México*, la preposición *en* indica la intención de las autoras de realzar la universalidad del niño educado hoy en México; pero ¿eso quiere decir que sus valores y actitudes serían las mismas si fuera educado en cualquier otro país? Este cambio revela la ruptura de estas nuevas generaciones de mexicanos con una larga historia de lucha por la formación de una conciencia nacional, y sugiere que el alcance de los cambios experimentados en el país en los últimos cuarenta años ha diluido la identidad nacional. Esta sugerencia puede ser una hipótesis para nuevas investigaciones, al igual que muchas otras observaciones ofrecidas por las autoras.

Este libro es, además, una importante aportación al avance de la ciencia política mexicana y a la comprensión del cambio

PRÓLOGO

cultural, que no por ser lento es menos profundo y significativo, aunque al mismo tiempo —como lo indican hechos recientes— sea reversible.

Soledad Loaeza